

La elección de Rector de la Universidad de Chile siempre ha producido inquietud y curiosidad, y esta vez no hubo excepción a la regla. Muchos candidatos habían surgido, impulsados por el entusiasmo de sus partidarios, y entre ellos se contaba el propio funcionario saliente, que tenía ya cumplidos diez años de labor, durante los cuales hubo de encabezar no pocas útiles innovaciones. Los votos de mayoría favorecieron, sin embargo, a Eugenio González, Decano de la Facultad de Filosofía y Educación, antiguo senador, novelista y ensayista, tan conocido dentro de las filas universitarias como fuera de ellas.

Y lo curioso es que esta elección ha complacido a cuantos poseen nociones acerca de la enseñanza universitaria e interés por su progreso y su perfeccionamiento. Ante Eugenio González convienen los de un lado y los de otro en el respeto a las vocaciones auténticas, condición privilegiada de una nación que abre paso al hombre de méritos para que llegue a donde se ha propuesto. El lego le abre camino, le alienta en la lucha y le aplaude si en ella, además, logra el éxito. Convienen, asimismo, en la categoría realmente universitaria de su lenguaje y de su estilo, y creen que ella habrá de servirle muy bien para atender los intereses de la Universidad de Chile con la misma pulcritud con que ha velado por otros a lo largo de su carrera. Suponen, en fin, que en la institución docente que entra a presidir, Eugenio González sabrá rodearse de gentes parecidas a él, de porte realmente universitario y con el aplomo, la prudencia y el fino que son indispensables para no romper demasiado ostensiblemente con la tradición que impera en esa casa, la tradición de Bello.

Sus amigos vemos lo mismo, pero vamos más lejos. Sabemos que Eugenio González es hombre que no vive gobernado por la prisa, sino, al revés, por cierta calma de espíritu que posee la virtud de difundirse en el ambiente. Un altercado, una discusión viva, un cambio de palabras, no logran prosperar a la vera de este varón quieto, a quien siempre ha interesado más ver las cosas con profundidad y en todos sus relieves antes que verlas de golpe, en abigarrada mezcla.

Y es que sus amigos sabemos muy bien cómo funciona su espíritu y cuál es la prelación que Eugenio González confiere a los hechos del mundo. El ámbito propio de todos sus afanes es la inteligencia, y entender las cosas a fondo, entender lo de ayer y lo de hoy, entender lo que se dice y lo que se calla, es sin duda una de sus pasiones, acaso la más viva, por lo menos la más constante.

Por lo demás, para saberlo así no es necesario propiamente ser amigo de Eugenio González, porque a él, como hombre de letras, también se le puede conocer a la distancia. Ha escrito, acaso sigue escribiendo. Cuando éramos muchachos escribía ensayos, breves o extensos, en los cuales manejaba ideas y doctrinas, empleando para esta labor más o menos las mismas horas que otros dedicaban a los versos. La gravedad de sus aficiones se reveló en él desde muy chico, y al través de ella parece perfectamente normal que la coronación de su carrera no haya sido otra que la Rectoría de la Universidad de Chile.

Después cambió de rumbos y escribió novelas, pero en éstas no hallaremos frialdad alguna, sino, al revés, densidad espiritual, porque tratan problemas, entre personajes angustiados para quienes el vivir no es fácil. También de hombre maduro pronunció, especialmente en el Senado, discursos políticos, a los cuales vertió la doctrina en que él tiene puesta su fe, el socialismo, doctrina que ha querido y quiere hacer compatible con el humanismo algo renacentista que siempre le ha parecido una de las más bellas culminaciones del espíritu humano en su tránsito en busca de mejores soluciones para la convivencia familiar y económica. Yo no soy socialista y, en consecuencia, no me siento con entusiasmo para seguir esa bandera, pero debo aceptar que la sombra que ella proyecta sobre el suelo de Chile no dista de parecer benévola, por lo menos cuando él la evoca.

En alguna ocasión anterior, y precisamente cuando se trataba de pasar en revista a cuantos en Chile han escrito ensayos, yo hube de hacer alto en la obra de Eugenio González, para lamentar que no esté recogida. Y lo seguiré lamentando mientras su autor, por pereza o por escepticismo, no compagine esas páginas dispersas en "Atenea", en "Índice", en "Occidente", donde podemos beber, atraídos por la bella forma del estilo, no pocas nociones útiles para el mejoramiento de nuestras posibilidades como hombres y como ciudadanos.

Y es que este dejar que las cosas se añejen como preámbulo necesario del ol-



DON EUGENIO GONZÁLEZ ROJAS.

dad es el ensayo, y son los escritores que cobran fama de ensayistas los que terminan por parecer más representativos de su medio cultural. Multitud de revistas existen donde los ensayos hallan cabida de preferencia, y sus lectores suponen que cada nación hispanoamericana ha de tener por lo menos un ensayista que enseñe cómo es el hombre distintivo de su grupo humano. Todo ello hasta el punto de que en esta emulación que ha producido el ensayo escrito en español la ausencia de Chile se está haciendo notoria y no deponen en favor de nuestras aptitudes literarias.

Soy de los que creen que el ensayo en Chile se ha cultivado y se sigue cultivando en nivel muy decoroso, si bien carece del estímulo que en cambio se acuerda a otros géneros; pero lo grave es que la mayor parte de la obra de nuestros ensayistas se queda sin recoger y sin ganar la forma del libro, la única que pudiera darle difusión internacional.

Eugenio González está en ese número. Su pensamiento bien organizado, su lenguaje vivo y jugoso, su ilustración amplísima, su agilidad de polemista, dotes que todos sabemos que existen, se quedan aquí, en casa, disfrutadas en el corro familiar e íntimo, porque no hay libros donde podamos recorrer cuando nos acomode aquella vieja página que tanto nos hizo vibrar cuando la leímos por primera vez, aquella página de mármorea elegancia, donde el autor puso en extracto lo que sabe y lo que siente del mundo que le rodea.

Los problemas universitarios... Deben ser muchos, y muy graves, porque todos lo son en este país de geografía tan atormentada y oscura; y la responsabilidad que Eugenio González contrae al encararlos es sin duda enorme. Pero debe aceptarse que si la experiencia vale, nada de lo que se le presente le tomará de sorpresa y nada, por lo tanto, le desazonará. Ha pasado la mayor parte de sus horas allí, en la enseñanza universitaria, y ha capitalizado experiencias y saber vivo a que ahora habrá de echar mano. La "estatura universitaria" que le reconocen todos, inclusive muchos que no vertieron sus votos por él, ha venido granando hasta el punto necesario para que le sirva de escudo en la lucha.

Mirando hacia atrás, recordando antiguas jornadas, podemos en fin dar paso a emociones más personales. El gallardo combatiente de hoy es el mismo muchacho de ayer, que en las aulas del Instituto Nacional asomaba su rostro pálido de seráfica inocencia sobre la tela siempre oscura de su trajecillo. Y si bien conserva el amor al traje negro, del que hace una especie de sotana laica, su rostro ha dejado la palidez de los días infantiles y suele teñirse de ligeros rubores. Cuando diserta, cuando alza la voz, cuando argumenta en público, veréis ese rostro antes impassible animarse con movimientos de adentro, con impulsos, arranques y pasiones que al pasar por sus labios infunden en el discurso, el calor de la convicción, calor con el cual se tuesta y abrillanta el estilo. El muchacho de ayer ha puesto a prueba, una vez más, el temple de su alma aguerrida en todas las luchas a que la vida convoca.

El grupo "Índice" ha obtenido con la dignidad que ahora recae en Eugenio González uno de sus mejores triunfos. Duró poco, no hizo mucho, pero dejó en todos sus miembros una huella imperecedera de amistad y de comprensión. El bien que distinga a uno de ellos habrá de tocar, aunque de sostayo, a todos los demás.

La elección de Rector de la Universidad de Chile siempre ha producido inquietud y curiosidad, y esta vez no hubo excepción a la regla. Muchos candidatos habían surgido, impulsados por el entusiasmo de sus partidarios, y entre ellos se contaba el propio funcionario saliente, que tenía ya cumplidos diez años de labor, durante los cuales hubo de encabezar no pocas útiles innovaciones. Los votos de mayoría favorecieron, sin embargo, a Eugenio González, Decano de la Facultad de Filosofía y Educación, antiguo senador, novelista y ensayista, tan conocido dentro de las filas universitarias como fuera de ellas.

Y lo curioso es que esta elección ha complacido a cuantos poseen nociones acerca de la enseñanza universitaria e interés por su progreso y su perfeccionamiento. Ante Eugenio González convienen los de un lado y los de otro en el respeto a las vocaciones auténticas, condición privilegiada de una nación que abre paso al hombre de méritos para que llegue a donde se ha propuesto. El lego le abre camino, le alienta en la lucha y le aplaude si en ella, además, logra el éxito. Convienen, asimismo, en la categoría realmente universitaria de su lenguaje y de su estilo, y creen que ella habrá de servirle muy bien para atender los intereses de la Universidad de Chile con la misma pulcritud con que ha velado por otros a lo largo de su carrera. Suponen, en fin, que en la institución docente que entra a presidir, Eugenio González sabrá rodearse de gentes parecidas a él, de porte realmente universitario y con el aplomo, la prudencia y el tino que son indispensables para no romper demasiado ostensiblemente con la tradición que impera en esa casa, la tradición de Bello.

Sus amigos vemos lo mismo, pero vamos más lejos. Sabemos que Eugenio González es hombre que no vive gobernado por la prisa, sino, al revés, por cierta calma de espíritu que posee la virtud de difundirse en el ambiente. Un altercado, una discusión viva, un cambio de palabras, no logran prosperar a la vera de este varón quieto, a quien siempre ha interesado más ver las cosas con profundidad y en todos sus relieves antes que verlas de golpe, en abigarrada mezcla.

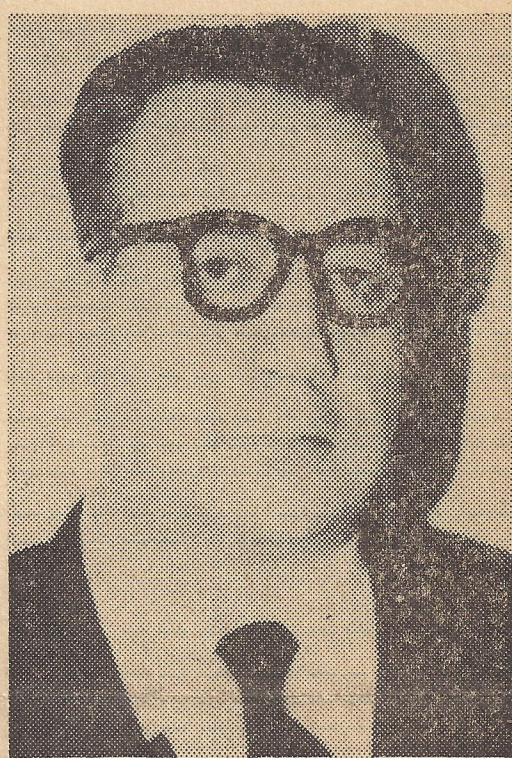
Y es que sus amigos sabemos muy bien cómo funciona su espíritu y cuál es la prelación que Eugenio González confiere a los hechos del mundo. El ámbito propio de todos sus afanes es la inteligencia, y entender las cosas a fondo, entender lo de ayer y lo de hoy, entender lo que se dice y lo que se calla, es sin duda una de sus pasiones, acaso la más viva, por lo menos la más constante.

Por lo demás, para saberlo así no es necesario propiamente ser amigo de Eugenio González, porque a él, como hombre de letras, también se le puede conocer a la distancia. Ha escrito, acaso sigue escribiendo. Cuando éramos muchachos escribía ensayos, breves o extensos, en los cuales manejaba ideas y doctrinas, empleando para esta labor más o menos las mismas horas que otros dedicaban a los versos. La gravedad de sus aficiones se reveló en él desde muy chico, y al través de ella parece perfectamente normal que la coronación de su carrera no haya sido otra que la Rectoría de la Universidad de Chile.

Después cambió de rumbos y escribió novelas, pero en éstas no hallaremos frialdad alguna, sino, al revés, densidad espiritual, porque tratan problemas, entre personajes angustiados para quienes el vivir no es fácil. También de hombre maduro pronunció, especialmente en el Senado, discursos políticos, a los cuales vertió la doctrina en que él tiene puesta su fe, el socialismo, doctrina que ha querido y quiere hacer compatible con el humanismo algo renacentista que siempre le ha parecido una de las más bellas culminaciones del espíritu humano en su tránsito en busca de mejores soluciones para la convivencia familiar y económica. Yo no soy socialista y, en consecuencia, no me siento con entusiasmo para seguir esa bandera, pero debo aceptar que la sombra que ella proyecta sobre el suelo de Chile no dista de parecer benévola, por lo menos cuando él la evoca.

En alguna ocasión anterior, y precisamente cuando se trataba de pasar en revista a cuantos en Chile han escrito ensayos, yo hube de hacer alto en la obra de Eugenio González, para lamentar que no esté recogida. Y lo seguiré lamentando mientras su autor, por pereza o por escepticismo, no compagine esas páginas dispersas en "Atenea", en "Índice", en "Occidente", donde podemos beber, atraídos por la bella forma del estilo, no pocas nociones útiles para el mejoramiento de nuestras posibilidades como hombres y como ciudadanos.

Y es que este dejar que las cosas se añejen como preámbulo necesario del olvido nos está haciendo mucho daño. El género literario que hoy se cultiva de ver-



DON EUGENIO GONZÁLEZ ROJAS.

dad es el ensayo, y son los escritores que cobran fama de ensayistas los que terminan por parecer más representativos de su medio cultural. Multitud de revistas existen donde los ensayos hallan cabida de preferencia, y sus lectores suponen que cada nación hispanoamericana ha de tener por lo menos un ensayista que enseñe cómo es el hombre distintivo de su grupo humano. Todo ello hasta el punto de que en esta emulación que ha producido el ensayo escrito en español la ausencia de Chile se está haciendo notoria y no deponen en favor de nuestras aptitudes literarias.

Soy de los que creen que el ensayo en Chile se ha cultivado y se sigue cultivando en nivel muy decoroso, si bien carece del estímulo que en cambio se acuerda a otros géneros; pero lo grave es que la mayor parte de la obra de nuestros ensayistas se queda sin recoger y sin ganar la forma del libro, la única que pudiera darle difusión internacional.

Eugenio González está en ese número. Su pensamiento bien organizado, su lenguaje vivo y jugoso, su ilustración amplísima, su agilidad de polemista, dotes que todos sabemos que existen, se quedan aquí, en casa, disfrutadas en el corro familiar e íntimo, porque no hay libros donde podamos recorrer cuando nos acomode aquella vieja página que tanto nos hizo vibrar cuando la leímos por primera vez, aquella página de mármol elegante, donde el autor puso en extracto lo que sabe y lo que siente del mundo que le rodea.

Los problemas universitarios... Deben ser muchos, y muy graves, porque todos lo son en este país de geografía tan atormentada y oscura; y la responsabilidad que Eugenio González contrae al encararlos es sin duda enorme. Pero debe aceptarse que si la experiencia vale, nada de lo que se le presente le tomará de sorpresa y nada, por lo tanto, le desazonará. Ha pasado la mayor parte de sus horas allí, en la enseñanza universitaria, y ha capitalizado experiencias y saber vivo a que ahora habrá de echar mano. La "estatura universitaria" que le reconocen todos, inclusive muchos que no vertieron sus votos por él, ha venido granando hasta el punto necesario para que le sirva de escudo en la lucha.

Mirando hacia atrás, recordando antiguas jornadas, podemos en fin dar paso a emociones más personales. El gallardo combatiente de hoy es el mismo muchacho de ayer, que en las aulas del Instituto Nacional asomaba su rostro pálido de seráfica inocencia sobre la tela siempre oscura de su trajecillo. Y si bien conserva el amor al traje negro, del que hace una especie de sotana laica, su rostro ha dejado la palidez de los días infantiles y suele teñirse de ligeros rubores. Cuando diserta, cuando alza la voz, cuando argumenta en público, veréis ese rostro antes impassible animarse con movimientos de adentro, con impulsos, arranques y pasiones que al pasar por sus labios infunden en el discurso, el calor de la convicción, calor con el cual se tuesta y abriga el estilo. El muchacho de ayer ha puesto a prueba, una vez más, el temple de su alma aguerrida en todas las luchas a que la vida convoca.

El grupo "Índice" ha obtenido con la dignidad que ahora recae en Eugenio González uno de sus mejores triunfos. Duró poco, no hizo mucho, pero dejó en todos sus miembros una huella imperecedera de amistad y de comprensión. El bien que distinga a uno de ellos habrá de tocar, aunque de soslayo, a todos los demás.

RAÚL SILVA CASTRO